

# La imagen aparente

**CRISTIAN JARA ALVARADO**

Lo de siempre. Debía insistir más en la editorial o retomar las prácticas del periódico. Según ella, yo debía aprender de Antero pero hace tiempo dejé de creer. Si yo decía A, de inmediato mi madre decía B. Si elegía el color blanco ella elegía el negro. Sin importarle que mi Ángel se fuera a despertar, subió el volumen de la tele para que la voz endurecida de Antero se escuchara mejor. Sin duda se trataba de la misma voz que con la mano en alto intervenía en clase, esa que se oía en el césped deseosa de jugar, frente a la cafetería. Ahora se encontraba en Atlanta a cargo de un reportaje cuyo tema giraba en torno a la deuda externa de América Latina. Yo sólo quería cobijarme entre mi mujer y mi Ángel. Me había levantado temprano para una exhibición de coches nuevos, pero no había conseguido cerrar ninguna venta. Hecho polvo y sin ganas de discutir, antes de acostarme, quise aclarar un punto:

—Tuvo suerte —aseguré—. Estar en el lugar adecuado, el día adecuado, y dar con la persona que te va a cambiar la vida. Aquí y en la China eso se llama suerte.

—No, hijo. ¡Ese muchachito estudiaba a conciencia!, ¿o ya te olvidaste? Mejor ni me hagas hablar.

Sin falta, meses atrás mi madre compraba el periódico los sábados para leer la columna que escribía Antero. Por entonces, yo cumplía con unas prácticas *ad honorem* para un periódico de mediana categoría y lo cierto es que con todas mis ansias quería que me trataran. Soñaba y tenía fe en que debido a mi esfuerzo las cosas me saldrían, si bien no como el suertudo de mi amigo, cada vez mejor. Pero el final de las prácticas coincidió con el inesperado embarazo de Leslie y nos empezamos a ver en aprietos económicos. No de buena gana mi madre nos ofreció un cuarto para que viviéramos ahí Leslie, yo y nuestro Ángel recién nacido.

De un momento a otro los informes de Antero dejaron de aparecer en el periódico y mi madre ya no encontraba motivos para referirse a él, aunque a veces, generalmente después de la comida, le daba por preguntarme si sabía en qué andaba mi antiguo compañero de escuela. Le resultaba extraño que de un día para otro abandonara su columna en el diario. Quería saber si seguía en Estados Unidos. Y si ya había formado familia. Si se había comprado una casa o un coche.

- Cristian Jara Alvarado (Perú, 1972) es narrador, guionista y editor. En 2001 ganó el concurso de cuento de la revista *Punto de Partida*. Ha colaborado en *El Universal*, *Complot*, *Replicante* y *La Jornada Semanal*, entre otras publicaciones.

—Seguro que encontró trabajo en una de esas multinacionales. Eres muy negativo, hijo. Llámalo, nada pierdes. ¿O quieres vender coches toda tu vida?

—Cuando me amanecía en el periódico —alcé la voz— me reprochabas que esas prácticas de nada me iban a servir, y ahora que recibo un modesto sueldo para mantener a mi familia, ¿me exiges que busque otro trabajo? ¡Te aseguro que no toda la vida vamos a vivir en tu casa!

Yo no tenía motivos para quejarme. Se me había dado todo y en bandeja y de niño nada me faltó. Que Antero dejara a su familia en Perú para venir a México con el afán de progresar, mi madre lo consideraba admirable. Quería saber todo de él y hasta le causó ternura descubrir que a él le gustaba mi hermana, que ya hace meses se casó con un empresario de dinero y se fue a vivir a Los Ángeles, pero en esos tiempos universitarios, si surgía una reunión familiar, mi madre no dudaba en rogarme que invitara a mi amigo. No sé si me hubiera gustado como cuñado, pero le surgió una oportunidad de trabajo en Estados Unidos y se fue. Pasó por la redacción de revistas y un periódico de circulación internacional donde escribía una columna que también salía publicada en un periódico del D.F. Mi madre lo compraba y después de leerlo empezaba a restregármelo en la cara.

Ya cumplí treinta y seis años y Leslie casi me alcanza. No tiene experiencia en nada, pero la próxima semana va a probar suerte en un supermercado. Si la rechazan, yo la animaré a que continúe con la búsqueda. Tarde o temprano algo se presentará; en ese caso, vamos a necesitar de alguien para que cuide de nuestro Ángel. Estoy seguro de que mi madre se ofrecerá, pero también sé que detesta los llantos de nuestro hijo. En la cara, cuando lo ve, se le dibuja una expresión de advertencia, pero también hay veces que le gana la tristeza. “¿Estás bien?, ¿te pasa algo?”, suelo preguntar cuando la veo así. “Nada, nada”, me contesta, suspira y con indiferencia continúa frente a la tele.

Desde el primer día que la invitamos a casa a comer, a mi madre Leslie le cayó mal, se quejó hasta de cómo soplabla la sopa. Antes que verme acaramelado quería que yo viera la manera de progresar. Ahora pago la luz, el agua y los arbitrios. Los sábados sin falta hago la compra del mercado y lleno los dos frigoríficos, el grande y el pequeño, que es el nuestro. Si con-

sigo vender un coche compro productos de marca y sorprendo a mi madre con una caja de bombones para animarla, pero apenas sale de su cuarto cierra bien su puerta y casi nunca la vemos. Leslie dice que cuando yo no estoy, si por algún motivo se cruzan en casa, mi madre no se cansa de hablarle de Antero, de que yo estuve a punto de ser así, de las responsabilidades, de cómo unos estropean su futuro por un error de cálculo, como el hecho de traer un hijo al mundo sin programarlo. El día que Leslie le preguntó si veía algo de malo en que cambiásemos el frigorífico, mi madre lo tomó como una falta de respeto y Leslie se fue al cuarto a llorar. Empezaba a hartarse y yo también.

No le guardo rencor a mi amigo. Me lo pasaba bien con él a la salida de clases, o los fines de semana cuando nos perdíamos en El Parnaso para mirar los libros, cuando soñábamos encontrarnos en Coyoacán a la mujer de nuestras vidas. Me preguntaba cómo sería trabajar con él en un centro de noticias. Imaginé de pronto la reacción de mi madre y seguro que no me equivocaba al deducir que ella seguiría con las comparaciones. Lo haces bien hijo, pero Antero es un fuera de serie.

Por suerte Leslie ha encontrado trabajo por las mañanas, hasta el mediodía, en un almacén de ropa, y nos da tiempo para comer juntos. Han despedido personal en mi empresa pero a mí me ofrecieron trabajar por la tarde. Nos turnamos para cuidar al bebé. Ayer vendí un coche.

Aquel sábado, como nosotros fuimos al mercado, mi madre se quedó a aspirar la casa. Después de comer no la dejé alzar un plato. Yo había cocinado, así que Leslie se puso a fregar los trastes. Mi madre durante el postre me preguntó por compañeros de la universidad. Le contesté que no sabía casi de ninguno. Estuvo a punto de referirse a Antero, pero se contuvo. Hundió la cuchara en el arroz con



leche hasta no dejar rastros y habló del clima. Leslie se fue a dormir temprano. Como yo no tenía que levantarme sino hasta la tarde, empujé la puerta del cuarto de mi madre.

—Pasa hijo —apoyó la mano en la cama—. Siéntate aquí.

Doblé la almohada e incorporé la cabeza. Le había gustado la comida. Destacó mi habilidad culinaria atribuyéndola a sus manos esmeradas y curiosas; estaba convencida de que había sacado las suyas y no las de mi padre, que sólo encontraban lugar en el cuerpo de las doradas botellas de cerveza. En cuanto empezaron las noticias de las diez lo vimos: ahí estaba otra vez Antero. Mi madre se emocionó tanto que subió todo el volumen. “Bájalo un poco”, le dije. “El bebé está dormido, por favor.” Cerré la puerta. “Yo sabía”, dijo ella. “Estaba segura que tu amigo en algo andaba, es todo un profesional, míralo.” Ella se lo había buscado, pensé, así que sólo me restaba que volviera a abrir la boca. En cuanto dijera cualquier cosa, por simple que fuera, empezaría por el vitral que tanto dinero le costó a mi padre. Lo rompió Antero de un cabezazo el día que quiso pegarme cuando descubrí que se acostó con

mi hermana. A ella realmente le gustaba, pero él le confesó que sólo la quería para un polvo. Le diría a mi madre que casi lo echan de la escuela por abrir y conducir el coche de un maestro; que además de beber, romper ventanas y violar a una compañera de clase, inhalaba montañas de cocaína y por las mañanas fumaba hierba en el patio y que ni su madre ni su padre querían que volviera a Perú. Por último, le diría que mi familia y yo nos largaríamos cuanto antes de su maldita casa. Me costaba tragar la saliva. Tenía la boca seca y me temblaba el ojo izquierdo. Cuando empezó el segmento internacional, mi madre subió el volumen del televisor. En las inmediaciones de un colegio surgió Antero para transmitir su primer informe en directo. En este caso se trataba de un asesino serial. Había irrumpido en una escuela del estado de Arkansas. Escuché toser a mi Ángel y corrí al cuarto. Leslie lo cargaba en brazos y me miró con esa linda sonrisa de sus ojos. Escuché los pasos de mi madre, acercándose de prisa.

—Hijo —se quedó en la puerta—, ya terminaron las noticias, ¿apago?

—Sí —no quise voltear—, apágalo si quieres. ~